

# Juan Zaragoza Botella

(Alcoy, 30-III-1921 – Madrid, 14-XI-2010)

Con la muerte de Juan Zaragoza desaparece, con la excepción de mi persona, el último colaborador directo de Manuel Fernández-Galiano en la Cátedra de Griego de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, entonces llamada Universidad Central. Junto con José S. Lasso de la Vega, con Francisco Rodríguez Adrados que accedió a una segunda Cátedra de Griego procedente de la Universidad de Salamanca y con quien cumple la triste misión de escribir estas líneas, Juan formó parte del grupo de jóvenes profesores (la mayor diferencia de edad entre ellos no llegaba a diez años) que a partir de 1950 impartió en la capital la enseñanza universitaria del griego. A pesar de su diversa procedencia geográfica (el único nacido en Madrid era yo) e ideológica, unos venían del bando vencedor, otros del vencido en la guerra civil, todos los de ese grupo tenían algunos rasgos comunes que conviene resaltar. Entre ellos: el deseo de cerrar definitivamente la página del pasado tenebroso, tan cercano, de la guerra civil; el de trabajar con honradez en el campo elegido sin reparar en los esfuerzos que esto implicaba, como era el de aprender las cuatro lenguas modernas (alemán, inglés, francés e italiano) necesarias para imponerse en su materia; la clara conciencia de estar poniendo los cimientos de una «*Altertumswissenschaft*» en lengua española.

A estos debe añadirse otro rasgo que compartíamos entonces, tanto en España como en el resto de Europa, con otros muchos colegas universitarios. Todos nos habíamos iniciado como Profesores en la enseñanza media, la cual pudieron algunos compaginar durante largo tiempo con la universitaria. Ni por la jerarquía científica, ni por la retribución económica, la Cátedra de Instituto difería entonces mucho de la de Universidad. Tanto era así que Francisco Rodríguez Adrados pidió la excedencia de la Cátedra de la Universidad de Barcelona para quedarse con la del Instituto Cardenal Cisneros, yo la de Valladolid por no renunciar a la del Beatriz Galindo y José S. Lasso de la Vega, siendo Catedrático de la Universidad de La Laguna, hizo las Oposiciones a Cátedras de Instituto de 1954 para tener la oportunidad de venirse a Madrid.

Era necesario decir esto para dejar bien claro que la ordenación académica de entonces, aun en plena dictadura, era más democrática que la vigente en la actualidad, la cual prácticamente imposibilita al Profesorado de Bachillerato, no ya el acceso a la enseñanza universitaria, sino la misma realización de la tesis doctoral. Por no hablar del plan de Bolonia que predetermina en la culminación del grado el porvenir del estudiante con el establecimiento de dos «*másteres*»<sup>1</sup>: el de docencia y el de investigación. Era también preciso decir esto para entender la peripecia vital de Juan Zaragoza, cuyo gran amor fue el Instituto Lope de Vega, del que fue Jefe de Estudios y Director, y de cuyas aulas no se separó hasta 1985 en que le fue forzoso dedicarse a tiempo completo a la Universidad.

---

<sup>1</sup> Quiero hacer notar la barbarie del término. En inglés *master* ('maestro') es quien tiene una *mastership* ('maestría'). Por no emplear nuestros viejos términos, que se siguen usando correctamente en Hispanoamérica, recurrimos al barbarismo 'hacer un master', por no hablar del cursilísimo 'hacer un magister', que equivale a decir 'hacer el bachiller', en lugar de 'hacer el bachillerato'.

Tuvo la desgracia Juan de formarse en tiempos harto difíciles. Apenas ingresado en la Universidad de Valencia, a finales de la guerra civil le tocó ser movilizado por el bando republicano con la llamada ‘quinta del chupete’. Y arrestado en la ‘prevención’ del cuartel se lo encontró el bando vencedor, gracias a lo cual adquirió cierta aureola de ‘ex-cautivo’ que le permitió conjurar los males que hubieran podido caerle encima por pertenecer a una familia con significados miembros republicanos. Tras cumplir un interminable servicio militar y acabar sus estudios en la Universidad Central de Madrid, inició su carrera de Profesor universitario en el curso de 1948-1949 como –¡atención al epíteto parlante!– «Ayudante gratuito de clases Prácticas». Era una delicia oírle a Juan referir sus andanzas en la capital en aquellos años de racionamiento y hambre, cuando las clases se impartían en aulas sin calefacción en lo más crudo del invierno. Contaba, por ejemplo, la destreza de cierta patrona de casa de huéspedes para dividir mediante un hilo un huevo sin romperlo y servirlo a sus pupilos como si fueran dos.

Por Concurso-oposición nacional ganó en 1950-1951 el cargo de Profesor Adjunto Provisional de «Filología griega» por un período de cuatro años, renovable por otros cuatro, oposición que repitió y ganó en 1962. Fue a comienzos del curso de 1962-1963, cuando los Profesores Adjuntos de la Facultad de Filosofía y Letras, se negaron colectivamente a firmar los encargos de curso, ya que el derecho de huelga no existía durante la dictadura. Convocados por el Ministro de Educación Nacional, Lora Tamayo, le expusieron que no les interesaba impartir sus materias por la ridícula retribución que percibían y le plantearon la necesidad de crear, parejo al de Catedráticos, un Cuerpo Nacional de Profesores Adjuntos de Universidad. El Ministro dejó las negociaciones en manos del Director General de Universidades, quien logró resolver el conflicto mediante el pago adicional de una cantidad equivalente al sueldo de un curso entero a cada uno de los docentes levantiscos, la promesa (que cumplió) de elevarles sustancialmente el sueldo al año académico siguiente, y el compromiso por parte del colectivo revoltoso de firmar los encargos de curso, incorporarse al trabajo y guardar secreto sobre el pacto para no soliviantar a los colegas de las demás facultades. En todo aquel proceso, no exento de riesgos en el régimen franquista, la firmeza y la valentía de Juan Zaragoza sirvió para que los más tibios sacaran fuerzas de flaqueza hasta llevarlo a buen término.

En el curso de 1972-1973, mediante Concurso restringido, fue nombrado Adjunto numerario, con dedicación plena, un cuerpo que a partir del curso de 1983-1984 pasó a llamarse de Profesores Titulares de Universidad. Al pasar en 1985-1986 en dicho cuerpo, como se ha advertido, a la dedicación a tiempo completo, tuvo que abandonar definitivamente el Instituto. Su larga experiencia docente, sus dotes pedagógicas y su carácter cumplidor, hicieron que al jubilarse anticipadamente, según la nueva normativa del Gobierno Socialista, se le nombrara, a petición unánime del Departamento de Filología griega y Lingüística indoeuropea, el 22 de febrero de 1990 Profesor Emérito, cargo que desempeñó hasta el 30 de septiembre de 1996. Durante su vida académica impartió la docencia de las materias de «Lengua y Literatura griega». «Explicación de textos griegos» 1º y 2º de Estudios Comunes, «Griego III» en la Especialidad de Filología Clásica”, e «Historia de la lengua griega». Como profesor emérito desarrolló un curso monográfico sobre Aristófanes, autor sobre el que había realizado su tesis doctoral.

El año de 1954 fue un momento importante en la vida de Juan Zaragoza. En el mes de mayo se celebraron las Oposiciones a Cátedras de Griego de Instituto, que no se habían convocado desde hacía casi un decenio. En ellas obtuvo la plaza del Instituto Alfonso X el Sabio de Murcia, de la que pidió la excedencia para poder continuar en la Universidad. De ahí que tuviera que realizar más adelante una segunda oposición para ganar la Cátedra el Griego del Instituto Lope de Vega de Madrid, donde tuvo por alumna a quien sería su esposa después, Luisa Alberich, que por cierto – el mundo es un pañuelo– fue compañera de clase en el Instituto Escuela de Leopoldo Calvo Sotelo, el futuro presidente de Gobierno, y de María Victoria Catalina, mi difunta esposa.

Ese mismo año de 1954 fue comisionado por la Dirección General de Enseñanza Universitaria juntamente con Manuel Fernández-Galiano, Francisco Rodríguez Adrados y el autor de estas líneas para estudiar *in situ* la creación de un centro cultural español en Atenas. Aquel encargo era un enorme regalo para unos helenistas, pues les daba la oportunidad, no sólo de visitar por primera vez, sino la de permanecer durante un mes en Grecia. Puestos en contacto con la embajada española y las autoridades griegas, visitados una serie de inmuebles donde podría establecerse la sede del futuro centro y elegido el que parecía más oportuno, los comisionados elevaron al Director General el correspondiente informe. El plan en el que tantas ilusiones se habían puesto fue boicoteado por el Ministerio de Asuntos Exteriores que estimaba tener la exclusiva competencia en política exterior, incluso en temas culturales como éste. Pero no todo fue un fracaso. El prestigio de los estudios griegos se acrecentó en la Facultad con la exposición que en ella se montó con la gran cantidad de fotografías que los miembros de la Comisión tomaron durante su viaje, algunas de las cuales todavía cuelgan en los despachos del Departamento. El Director General de Universidades podía jactarse de haber emulado, a nivel más modesto, aunque más efectivo, el famoso Crucero por el Mediterráneo organizado en 1933 por la República. Los entonces jóvenes helenistas de la Comisión tomaron por primera vez contacto con una Grecia entrañable, todavía no contaminada por el turismo de masas, que les dejaría una impronta indeleble en la memoria.

Fue en este viaje, que hicimos escalonadamente, donde se consolidó la firme amistad que hasta su muerte me unió a Juan Zaragoza. Mientras esperábamos la llegada de los dos catedráticos, pudimos visitar la Acrópolis mil veces, sin verjas y sin turistas, recorrer al ritmo que nos apetecía sus monumentos, o charlar pausadamente sentados en el tambor de alguna columna dórica. Por las tardes subíamos al monumento de Filopapos para contemplar la Acrópolis a la puesta de sol, con un cielo sin contaminar y un silencio impresionante. A este regalo, hoy día impensable, se sumó el del viaje a Creta, en un barco de línea donde los pasajeros bailaban las danzas de la tierra y los viejos llevaban sus bellos trajes regionales, que los jóvenes sustituían para modernizarse con pantalones y botas de montar a caballo. Cuando transcurrida aquella primera quincena, se nos unieron Manuel Fernández-Galiano y Francisco Rodríguez Adrados, se quedaron asombrados de la transformación que se había operado en Juan Zaragoza. Se movía entre la gente y se comunicaba con tal soltura, que parecía tener un buen dominio del griego moderno. Operaba el milagro el común sustrato mediterráneo que había en Juan como buen levantino y el estratégico empleo de unas cuantas frases. De ahí que se convirtiera en el intérprete oficial del grupo. Por las mañanas advertía en la

recepción del hotel: δὲν εἶναι νερὸ ζεστό, con toda la razón del mundo, pues nos teníamos que duchar con agua fría y la temperatura iba descendiendo conforme avanzaba el otoño. Su observación era cortésmente asentada, sin que se remediara el entuerto. A la hora de tomar un taxi para un desplazamiento largo, se acercaba al conductor y proponía: συμφωνία, para añadir a continuación: πόσο θέλεις νὰ μὰς πάρεις στὸν/ἠν/-στὰ según el lugar. Pero su palabra mágica era ἔκπτωση, que pronunciaba a la hora de pagar los billetes de viaje, las entradas a los monumentos o las cuentas del hotel, esgrimiendo los documentos del gobierno griego que nos acreditaban como profesores con derecho a descuentos.

Transcurridos más de veinte años, volvimos a Grecia juntos, esta vez en compañía de nuestras esposas, en una excursión del Instituto Lope de Vega que Juan había organizado. La realidad social se había transformado. Ya no se veían viejucas hilando y los γαῖδαροι, como sus congéneres de España, habían desaparecido del paisaje, pero ya nadie nos cedía el primer puesto en las colas, ni el asiento en los transportes públicos por el mero hecho de ser ξένοι. Hubiera sido imposible: éramos demasiados. También allí se había asentado la sociedad de consumo y el turismo de masas, pero el mar continuaba siendo límpidamente azul en el Golfo de Lepanto. Nuestro entusiasmo por Grecia no había disminuido, pero esta vez ya no subimos corriendo al fuerte de Palamedes para contemplar desde lo alto, antes de que cayera la noche, la bahía de Nauplia.

No implica esta última observación que Juan Zaragoza hubiera perdido la vitalidad que le acompañó siempre. Esa no la perdió jamás. Parecía como si manara en su interior una inagotable fuente de energía que le diera el ímpetu preciso para realizar tantos trabajos a lo largo del día. Hombre de acción, hubiera sido, un buen Director General de Enseñanza Media o un excelente Ministro de Educación, como fue un eficiente Director de Instituto y un activo Vicesecretario en la primera Junta Directiva de la Sociedad Española de Estudios Clásicos o en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid (1959). Pero, como suele suceder, alguien menos capaz se adelanta siempre a ocupar el mejor puesto. A Juan le quedó la dura brega en el Colegio de Huérfanos de la Marina, en el Colegio del Pilar, en el CEU para sacar adelante a sus cinco hijos. Sus alumnos le rememorarán moviéndose siempre ágilmente en clase y manteniendo viva la atención de todos y conservarán un buen recuerdo de su rectitud y de su eficacia como profesor.

Esta entrega a la docencia explica que la mayor parte de las publicaciones de Juan Zaragoza correspondan al período en que abandonó el Instituto. Con anterioridad a 1985 sus trabajos son de índole pedagógica, con la excepción de «Usos del infinitivo en Aristófanes en función del estilo» en *Actas del II Congreso español de Estudios Clásicos (Madrid-Barcelona, 4-10 de abril de 1961)*, Madrid, 1964, pp. 144-149. En colaboración conmigo y mi hermano Juan preparó la *Antología de Luciano. Selección de textos con comentarios y notas*, Madrid, Instituto 'Antonio de Nebrija', 1970. En colaboración con Manuel Fernández Galiano y Juan Falcón preparó el *Manual práctico de la morfología verbal griega*, Madrid, Gredos, 1971. Posteriores a esta fecha son:

– Luciano de Samósata, *Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos, Diálogos marinos, Diálogos de las cortesanas. Introducción, traducción y notas*, Madrid, Alianza, 1987.

– Luciano de Samósata, *Obras III. Traducción y notas*, Madrid, 1990, Biblioteca Clásica Gredos, nº 138.

– Platón, *Obras VII. Dialogos dudosos, apócrifos, cartas. Traducción, introducción y notas de Juan Zaragoza y Pilar Gómez Cardó*, Madrid, 1992, Biblioteca Clásica Gredos, nº 162.

– Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates, Económico, Banquete, Apología de Sócrates*. Introducción, traducción y notas, Madrid, 1993, Biblioteca Clásica Gredos, nº 182.

– J. Zaragoza y A. González Senmartí (eds.), *Actes del X<sup>e</sup> simposi de la Secció catalana de la SEEC: Tarragona, 28 a 30 de novembre 1990*. Tarragona, Diputació de Tarragona, 1992.

Si para todos los compañeros de la Facultad el fallecimiento de Juan ha sido una gran pérdida, para mí supone la amputación del último nexo de unión con mis orígenes académicos. José Alsina Clota, José S. Lasso de la Vega, Juan Zaragoza y yo salimos a la vez Catedráticos de Instituto en aquellas Oposiciones de 1954. Todos se han ido. De todos guardo un afectuoso recuerdo. Pero el caso de Juan Zaragoza es especial. Su recuerdo me hace sonreír, como si la vitalidad que lo acompañaba me diera nuevas fuerzas para continuar el camino que me queda. Gracias, compañero, por los buenos ratos que juntos hemos pasado.

LUIS GIL